

—Mi marido te acompañará; espera que acueste á Bebé: no ha de tardar mucho en volver.

Camila volvió á sentarse: la idea de volver á ver á Brécart, la dejó sin defensa. Al cabo de un momento regresó Pablo; su mujer le dijo que había dispuesto de él, y en seguida cogió el sombrero para salir.

—Hasta la vista—dijo Clara abrazando á la joven.— Ven cuando quieras; á la hora de comer nunca salimos, al menos yo; alguna vez mi esposo come fuera, pero son muy contadas.

Cuando abría la puerta de la escalera, Pablo la abrazó besándola en la frente.

—Volveré en seguida—dijo, y salió en pos de Camila.

En el momento en que pisaban la calle, Camila le preguntó:

—¿Se despiden ustedes tratándose de una separación tan corta?

—¡Aun que no sea más que para ir á la bodega—repuso el joven; no se sabe cuando llega el término de la vida y me sería muy doloroso no volver á ver á mi esposa sin haberla antes abrazado. Señorita, ¿quiere usted apoyarse en mi brazo?

Camila tomó en silencio el brazo que Pablo le ofrecía, y se pusieron á caminar á lo largo del muelle.

V

El Sena deslizaba sus aguas con rapidez encajonado entre sus elevadas márgenes; con sus tintes sombríos en donde los reverberos reflejaban algunos destellos de su luz; los barquichuelos iban y venían como animales fantásticos, alejándose ó arrimándose á los pontones con pesados movimientos y sus faroles blancos ó rojos se reflejaban á lo lejos sobre las aguas del río, como si fuesen luces de bengala. El París fluvial, banal durante el día, tomaba por la noche misteriosas apariencias; á través de los arcos de los puentes de hierro, bajo las pesadas arcadas de los de piedra, se prolongaban las sombras que parecían llegar hasta lo infinito; las masas de arquitectura se reflejaban sobre el río casi fosforescente, y por encima de todo esto resaltaban los grandes álamos de las riberas con sus espesas copas verdes. A medida que uno se separaba del Puente Nuevo, remontando el Sena, hallaba una calma relativa, la navegación era más escasa, las orillas menos anchas, y el misterio desaparecía.

Sin embargo, á lo largo de los muelles de la isla de San Luis, se alineaban las viejas casas con su aspecto macizo y tétrico; sus extrañas fachadas, con ventanas muy irregulares, escapándose por ellas el resplandor de

las luces; los que trabajan de noche. los que necesitan tranquilidad y silencio prefieren aquellas viviendas sobre todas las demás; la melancolía parece haber elegido su domicilio en aquella especie de oasis, único que no está amenazado de sucumbir bajo las modernas transformaciones.

Pablo Brécart hablaba á Camila de mil cosas diferentes, y ella, no pensando más que en lo pasado, le respondía de un modo vago, mientras en sus labios se detenían varias preguntas ardientes. Por último, al atravesar una calle, cuando ya se había roto el hilo de su conversación, después de un corto silencio, ella le dijo en voz baja y casi con ternura:

—Señor Pablo, ¿es usted feliz?

A la luz de un reverbero, el joven la miró con atención; su hermoso semblante de rasgos un poco fríos conservaba su placidez ordinaria, y, sin embargo, sintió por instinto que debía ser reservado con ella, abstenerse de hacerle la menor confidencia; pues hay momentos en la vida, en que, sin que nada pueda justificarlo, se siente la necesidad de ser prudente, se mira en torno de uno, y con frecuencia, hasta se adivina un peligro oculto que nada nos lo hace presagiar.

—Somos completamente felices—repuso con tranquilidad.

—Nunca hubiera creído que Clara fuese la mujer que le convenía á usted—dijo Camila.—Usted es entusiasta, un poco poeta, algo pintor, muy músico. . . á usted le gustan las cosas grandes, las empresas atrevidas. . . Su instinto le hace siempre remontarse hacia lo ideal. . . ¡Siempre creí que se casaría usted con una heroína de novela!

Al pronunciar estas últimas palabras, con cierto tono de ironía, la mano que se apoyaba en el brazo de Brécart tembló ligeramente.

—¡Mi mujer es la heroína de mi novela!—repuso él con gravedad.

—¡Perfectamente!—exclamó Camila prorrumpiendo en risa—no podría contestarse mejor á una pregunta indiscreta. Le doy las gracias por la lección; ha sido dada con galantería, pero al fin es una lección. Después de todo tal vez la haya merecido.

—Señorita. . .

—¡No se disculpe usted; seguramente la habré merecido! De no ser así, ¿cómo me la iba á dar un hombre tan bien educado como usted? Además, yo no me quejo de ello.

—Si la ha merecido usted, señorita, tiene en cambio cierta gracia que no enoja.

—¡Siempre filósofo y explorador del corazón humano! ¡Sigue usted siendo el señor Brécart! Pues bien aun á riesgo de desagradarle de nuevo, repetiré mi observación: no puedo comprender que usted se haya casado con Clara, á menos que no haya sido por su belleza. ¡Es tan extremadamente hermosa! Su único defecto, al menos así lo creía yo, era el de ser rica. Había usted elogiado tantas veces las dulzuras de la pobreza.

—Yo también soy rico—respondió con jovialidad el ingeniero.—Sepa usted que gano más de quince mil francos al año. El Creso lo soy ahora yo; el dote de Clara sólo es una promesa de mi suegro que no cumple.

—¡Ah! ¿tan rico es usted?—exclamó Camila.

El sentimiento que esta nueva revelación le produjo

no fué de envidia, pero sí de tristeza; la diferencia de fortuna hubiera podido ser una divergencia entre aquellos seres felices.

—Sí - añadió Pablo—aseguro á usted que lo pasamos muy bien. La pobreza es muy poética en las novelas; pero, en la realidad, nada hay más prosaico. ¡Se lo juro á usted!

—Sin embargo—repuso Camila levantando la cabeza con orgullo,—el que con poco se cree rico, es más libre y más feliz que el que siente la necesidad del lujo.

—Ah, señorita Camila, eso son teorías; desconfíe usted de las teorías. ¡No hay en el mundo nada más engañador que ellas.

Habían llegado á la puerta de los esposos Frogé. Camila soltó el brazo, dió las gracias á Brécart y se metió en casa. Pablo encendió un cigarro, regresando á la suya con el paso ágil del que se ve libre de un estorbo. A la vez que recorría los muelles iba repasando en su imaginación la conversación extraña que había sostenido con la joven y se quedó perplejo. ¿Era un carácter falso ó sencillamente un alma dolorida? Los recuerdos que conservaba eran muy lejanos y vagos. En la época en que la conoció, preocupado únicamente con dos ideas, que no eran más que una, obtener una posición que le permitiese casarse con Clara y ocultar su amor á todas las miradas, había vivido como en un sueño y participando de la vida de los demás lo mismo que el espectador que asiste á una comedia participa de la de los actores que la representan. Nunca creyó Pablo que pudiese ser digno de atención. Jamás pensó en que los demás pudieran fijarse en él; así es que hallaba extraño el que aque-

lla joven le conociese tan á fondo, y guardase de él un recuerdo tan completo, cuando solamente la consideraba como á una amiga de su esposa. Después de todo, Camila le importaba muy poco, y al llegar á su casa pensó en otra cosa muy diferente.

Encontró á su mujer sentada al lado de la camita de Félix, quien dormía profundamente; una lámpara, amortiguada por una pantalla, despedía una claridad dulce y suave sobre los objetos encantadores y familiares de tan querida habitación. Las cortinas sembradas de flores campestres, los espejos que reflejaban misteriosas sombras por la escasa luz; una cuna con ropajes blancos y rosados; aquella esposa encantadora que había trocado su vestido por un peinador adornado con flotantes encajes, y, sobre todo, aquel niño que dormía tan profundamente, con los puños cerrados y el semblante sonrosado por el sueño; la sombra de sus largas pestañas, formando una raya sus redondas mejillas; todo aquello, producía en el corazón de Brécart el júbilo peculiar en el padre y en el esposo.

Abrazó á Clara y dió un suave beso en la mejilla del niño que hizo un ademán como si fuese á cazar una mosca, luego se sentó al lado de su mujer, reteniendo una de sus manos entre las suyas.

—¿Qué te ha dicho Camila?—le preguntó con indiferencia dejando el libro que leía.

—Nada interesante... es un poco... un poco... dime lo que es, pues yo sólo no encontraría la palabra.

—Es un poco solterona—respondió Clara.—Después de todo no es culpa suya; nunca ha sido feliz, y parece que no lleva camino á serlo. Me inspira compasión, pues en el fondo no es culpa suya si...

Miró con fijeza é indecible ternura á su esposo y atrayéndole más hacia sí añadió en voz baja:

—¿Sabes lo que decían de ella en San Martín después que se marchó á París?

—No—repuso el ingeniero fijando sobre su mujer una mirada interrogadora.

Clara sonrió pasando sus finos dedos sobre las mejillas de su esposo y le repuso:

—Tú eres el destructor más grande de murallas que existe: derrites hasta las que son de hielo.

—¿Hablas por tu corazón?—preguntó Pablo sonriéndose.

—No, el mío no era de hielo, era de hojas de rosa, y tú sabes que entraste en él con facilidad; pero se decía en San Martín que Camila amaba á alguien que no la amaba á ella, sin que nunca hubiese sospechado...

—¡Supongo que no seré yo!—exclamó Brécart poniéndose en pie.

—¡Silencio!—repuso su esposa poniéndose un dedo en los labios—vas á despertar á Bebé. Eres tú.

—¡Vayan al diablo las habladurías de los pueblos pequeños!—replicó Pablo volviéndose á sentar.—¿Qué bruja imbécil ha inventado todo esto?

—Fué todo el mundo en general y cada uno en particular. ¿No lo notaste nunca?

—Hasta la hora presente, creo que no—repuso con mala gana.

—¡Triste verdad! Sin embargo, hay que creerla; al menos para mí, no ofrece la menor duda. Y hasta te confesaré, mi querido esposo, que uno de mis mayores triunfos, ha sido el verme preferida, ¡le eras tan cons-

tante, y ella tan hermosa que te creía completamente enamorado! ¡Juzga cuál sería mi alegría al saber que era yo la preferida!

Los brillantes ojos de Clara buscaron los de su esposo, quien la besó con ternura.

—¿Por qué me has dicho todo eso?—repuso después de un momento de silencio.

—Porque me parecía debías saberlo; además ¿puede haber secretos entre nosotros? ¿No hemos convenido en decirnos absolutamente todas las cosas?

—Pero, mujercita mía—objetó Brécart—el secreto que acabas de confesarme pertenece á otro.

—También es nuestro; puesto que te atañe—repuso Clara con sencillez.

Sin embargo, temía haber enojado á su marido; durante un segundo consultó el semblante de su esposo, más grave y serio que de costumbre; por último, fijó Pablo en ella sus ojos llenos de dulzura, y le dijo:

—A pesar de todo, has hecho bien en decirme lo: seré más prudente; ¡pero antes de invitarla debías avisarme, y hasta tal vez hubiera sido más cuerdo no reanudar unas relaciones medio rotas...

—Era inevitable, un día ú otro hubiéramos tropezado con ella... ¿Verdad Pablo que es muy bueno el que nos inspiremos mutua confianza, que nos lo podamos decir todo, que participemos de las mismas ideas, que tengamos iguales amistades?... A pesar de ser tan extraña, en el fondo quiero á Camila; es mi amiga más antigua, y además, es muy buena. En San Martín cuidaba á los enfermos, amortajaba á los muertos; ¡ha hecho más obras de caridad que nadie! ¡ni aun las hermanas del hospital

la han igualado! Su padre la dejó en completa libertad, y ella trabajaba en beneficio de los pobres; no puedes imaginarte el crecido número de calcetines que le he visto hacer durante el invierno, cuando tenía grietas en las manos y cada punto que daba le producía dolor.

—Presumo que lo haría por ser de su gusto—respondió con lentitud el ingeniero.

—¡Oh, Pablo, no seas malo!

—No lo soy, querida mía. Cuando un ser dotado de raciocinio se empeña en hacer una cosa que le es molesta, sin que de ello tenga absoluta necesidad, es porque experimenta alguna satisfacción.

—Eso, inútil es decirlo; pero el hacer bien es una satisfacción moral...

Pablo movió la cabeza; algo más tenía que decir, pero prefirió guardar silencio.

—Parece que no estás muy convencido—añadió su esposa.—Dime todo lo que piensas; ya sabes que entre nosotros no hay que callarse nada.

—Pues si quieres saberlo, te lo diré: pienso que todo eso no es más que cuestión de nervios y de orgullo. Se trabaja con grietas porque los nervios están excitados, porque tienen necesidad de moverse, y además por tener el placer de sentirse superior al resto de la humanidad; porque uno se compara con los mártires; por esta razón se hace todo lo que los demás no pueden ó no quieren hacer, y además para sentir compasión por las gentes despreciables como tú ó como yo, porque se ponen glicerina en las grietas y les gusta comer guisantes... ¡Todo es cuestión de nervios y satisfacción del orgullo!

Clara guardó silencio. Después de un instante dijo con timidez:

—Pablo, si Camila te desagrada no la invitaré más; nada es más fácil, y no quisiera exponerte á encontrar en casa una cara que te sea antipática.

La forma esbelta, los rasgos de estatua, la sonrisa de Camila pasaron con rapidez ante los ojos del joven.

—Pero si no tiene nada de antipática, querida mujercita mía. Su presencia es agradable, la hallo curiosa y original; para mí es un tipo cuyo estudio no me divierte... Lo único que hay es que no le concedo una perfección tan completa como tú lo haces, es una débil mortal, lo mismo que nosotros ¿y quién sabe? ¡tal vez sea más débil que nosotros!